

iniquidades de sus magistrados, se sintió desesperada. Pensó en las innumerables víctimas que habrían hecho, y se estremeció al pensar que ella había contribuido á fomentar tanto mal. Sin embargo, la reina revistió siempre de armiño y púrpura á hombres de reconocida virtud, viejos austeros y jóvenes enemigos del vicio, cuya benevolencia debía atemperar la rudeza de sus rígidos antecesores. Todos habían faltado á su misión poniéndose del lado de los ricos, no escuchando las quejas del pobre, despojando al miserable de su viña. Escuchando el relato de tanto crimen la reina lloró, como el día que le revelaron la maldad de su esposo. La desesperación llegó hasta el delirio, pues desconfió de la bondad é integridad de sus jueces, hasta creer imposible que la justicia pudiera hacerse con hombres tan refinadamente perversos.

Desde entonces, la reina resolvió ser ella la justiciera; consolaría á los desgraciados en sus cuitas; distribuiría recompensas y castigos. Como su reino no era grande, podía cumplir, ella sola, la loable tarea que se había impuesto, y viajando por montes y valles, constantemente escuchaba los lamentos de los desgraciados, los sollozos de los humildes. Era complaciente y benévola para con los infelices, pero inflexible para con los que atentaran al bienestar de los demás.

Una mañana llegó á un pueblo, en el que no había estado nunca, situado en el fondo de un valle solitario, rodeado por el cerco verdoso de feroces montes, en un paisaje tranquilo, de opulenta alegría. Cuando bajaba por el camino, serpenteando la falda del monte, las casas del pueblo aparecían como islas en medio de un océano dorado, de hermosas mieses que, agitadas por el viento, producían ondulaciones y murmullos de apacible encanto. La reina quedó admirada al contemplar tan grandioso espectáculo, y su regocijo fué inmenso, pensando que en aquel rincón de su reino, en tan ameno y poético país, todos habían de ser felices.

Las gentes del pueblo salieron á recibirla, y colocándola en una litera, previo su consentimiento, la llevaron á la plaza, frente á la iglesia, donde habían construído con maderas, una especie de tribuna, adornada con ricas telas y hermosas flores. Después de obsequiarla con manjares y frutas, un heraldo, desde el trono improvisado, sonó tres toques de corneta, cuyos ecos repercutieron en el valle, y luego invitó á todos los que tuviesen agravios ó quejas que exponer, que se dirigiesen á la reina. Muchos llegaron hasta ella; hombres ó mujeres, gentes de fino cutis y cuyas caras rebosaban satisfacción; vestían elegantemente trajes de rica tela. Todos se quejaban de recíprocas usurpaciones, y la voz de cada uno adquiría una rudeza sorprendente cuando decía: «mi campo», «mis frutos». La reina intentó reconciliar los mútuos intereses de todos, pero no pudo.

La visible aspereza de los tenaces señores la disgustó mucho y sólo se consoló al pensar que ninguno de ellos había cometido crímenes ni malas acciones. Iba á retirarse cuando se apercibió de que, por en medio de la multitud, un hombre, con mano vigorosa, empujaba á un desgraciado haraposo, delgado, lívido, que todos á su paso saludaban con golpes é insultos. Cuando llegó al regio tribunal, los soldados de la escolta lo cogieron y separaron del escandalizado populado, al que la reina preguntó en alta voz cuál era el crimen del sujeto á quien tan malamente trataban.

A esta pregunta sucedió inmediatamente un espantoso clamor; todos avanzaron hacia el trono y á un mismo tiempo pusiéronse á hablar. El que acababan de arrastrar hasta el trono no vivía, desde hacía muchos años, más que de rapiñas y robos audaces. «Habita en el fondo de un monte lejano en una choza solitaria; por las noches asalta los muros de nuestros corrales, nos *limpia* nuestros gallineros, ordeña nuestras vacas y diezma nuestros frutos. El mismo que le había llevado hasta allí, acababa de sorprenderlo segando en uno de sus campos».